

HISTORIAS DE SOBREVIVENCIA



Coordinación general: Ana Hidalgo Solís
Edición: Carolina Urcuyo Lara
Ilustraciones: Xiomara Blanco
Diagramación y diseño: Jeffrey Muñoz Varela

Esta es una publicación de la Organización Internacional
para las Migraciones, Oficina de Costa Rica

www.iom.or.cr

comunicaciones@iom.int

2212-5308

Mujeres jóvenes que soñaban con un trabajo mejor o una oportunidad profesional; hombres adultos que se atrevieron a dejar su país contrayendo una deuda y con la promesa de regresar para comprar una casa; madres en una búsqueda incansable del paradero de sus hijos e hijas.

Todas estas son historias reales de personas y familias que han vivido la pesadilla de la trata de personas. En la primera entrega de “Historias de Sobrevivencia” conocimos los relatos de Sandra y once mujeres que generosamente compartieron sus historias de vida, para que aprendiéramos de su dolor.

Con esta segunda entrega conocemos nueve historias reales más, de resiliencia y coraje, relatadas por ciudadanos y ciudadanas mesoamericanos que sobrevivieron la trata de personas en la modalidad de explotación laboral.

Palabras de Yamila:

“Cuando llegué a trabajar como doméstica en esa casa tenía quince años de edad. Ganaba un salario de setenta y cinco dólares al mes, el cual nunca se me pagó. Trabajaba más de veinte horas diarias de lunes a domingo y nunca tuve días de descanso. Durante nueve años, fui víctima de maltrato físico y verbal en repetidas ocasiones. Fui abusada sexualmente y sometida a cautiverio. Para mantenerme ahí, nos amenazaron de muerte a mi familia y a mí, así que nunca pude abandonar ese trabajo. Ella me pegaba con paletas, con alambres, con la mano o con lo que tuviera a su alcance. Me

quemaba la espalda con agua o con una plancha caliente. No podía hablar con mi familia pues me mantenían cautiva dentro de la casa. Me cortó el pelo, me quitó el traje típico (de mi etnia) y me ordenó vestir con pantalón y blusa. Me decía que las indias somos muy sucias.”

Agradecemos al Fondo de Desarrollo de la OIM por el apoyo para la realización de la investigación de campo, y a la Oficina de Población, Refugiados y Migración del Departamento de Estado de los Estados Unidos (PRM) por el apoyo brindado para su publicación.

Esperamos que estas historias sean divulgadas y ayuden a evitar que nuevas personas sean víctimas de este delito y que estimulen hacer más denuncias.

Luis Carlos Esquivel
Jefe de la Oficina Costa Rica

HISTORIAS DE SOBREVIVENCIA

5
Yami la

7
Joaquín

13
Mauricio

15
Diego

19
María y Edwin

23
Sofía

25
César

27
Samuel

30
Alicia



Yamila



uando llegué a trabajar como doméstica en esa casa tenía quince años de edad. Ganaba un salario de setenta y cinco dólares al mes, el cual nunca se me pagó. Trabajaba más de veinte horas diarias de lunes a domingo y nunca tuve días de descanso.

Durante nueve años, fui víctima de maltrato físico y verbal en repetidas ocasiones. Fui abusada sexualmente y sometida a cautiverio. Para mantenerme ahí, nos amenazaron de muerte a mi familia y a mí, así que nunca pude abandonar ese trabajo.

Ella me pegaba con paletas, con alambres, con la mano o con lo que tuviera a su alcance. Me quemaba la espalda con agua o con una plancha caliente. No podía hablar con mi familia pues me mantenían cautiva dentro de la casa. Me cortó el pelo, me quitó el traje típico y me ordenó vestir con pantalón y blusa. Me decía que las indias somos muy sucias.

Recuerdo que ella también tenía de esos aparatos -como los que usan los policías- que dan descargas eléctricas. Con ese aparato, se senta-

ba sobre mí y luego me daba descargas eléctricas para que yo no me moviera; cuando terminaba yo quedaba toda mareada y sin fuerzas.

Cuando fui al Ministerio Público me hicieron un reconocimiento médico, ahí me dijeron que habían diferentes lesiones en todo mi cuerpo, incluyendo diecinueve hemorragias cerebrales provocadas por los golpes que ella me dio en la cabeza. También me encontraron nueve cicatrices por heridas y seis por quemaduras de segundo y tercer grado en varias partes mi cuerpo.

Me dio mucho miedo denunciar y nunca pasó nada más.

Joaquín



o pongan nada de nosotros, no digan quiénes somos. Pero sepan que no soy solo yo; aquí hay muchos que pasaron por la misma situación. Somos personas no tan jóvenes, cercanas a los treinta, con fuerza para trabajar.

Todos somos hombres y llegamos hasta la escuela; aquí cuesta seguir estudiando y sin colegio ni estudios es muy difícil conseguir trabajo, las oportunidades no son muchas. Uno tiene una familia que mantener, hay que ver qué se hace y si no es aquí, hay que buscar la plata en otro lado. El trabajo en la tierra ya no paga.

En nuestras comunidades hay unos hombres que visitan los hogares de personas como uno, personas que no encuentran trabajo pero que tienen algún terrenito. Nos comienzan a convencer de que nos vayamos a los Estados Unidos, que allá se gana bien (y en dólares) y que hay abundancia de trabajo.

A uno le llenan la cabeza de ilusiones y esperanzas y entonces uno se arriesga. Hace lo imposible para poder pagarle la plata del traslado a los coyotes¹, convenciendo a algún familiar para que le firme algún documento al coyote o que hipoteque sus propiedades para tener dinero. Uno llega donde la familia y repite lo que le dicen, que allá se gana bien, que uno después manda la plata y que va a poder hacer un ahorro. Te vas creyendo que es una oportunidad pero no siempre es así, se van enredando las cosas.

Cuando te vas de tu comunidad, pasas una noche en un hotel en la capital y ahí te encuentras con uno de los coyotes que te da un poco de plata. Luego, te dicen que te van a enrumbar a México y luego a Estados Unidos. A nosotros nos asusta decir quienes son porque nos tienen amenazados. Murieron dos personas y se cree que fueron ellos quiénes los mataron, pero no hay pruebas de nada. Todos tenemos miedo.

En México la gente que te está esperando es otra; no vuelves a saber nada de los coyotes que conociste antes. Uno les dice: “pero mire, ¿dónde está la persona que me tenía que recoger?”, y le responden: “ahora somos nosotros los que los llevamos”.

Te recogen en el aeropuerto, te llevan a un lugar que no conoces. Uno nunca ha viajado y pasa de un lugar como el de aquí a una

¹ Los coyotes son conocidos en Mesoamerica como polleros o traficantes de personas.

inmensidad de lugar en donde uno está bien perdido; ahí es donde empieza el calvario.

No sé si era una casa o bodega pero en esas instalaciones un grupo de personas nos quitaban la ropa, el reloj y el dinero. Ahí empezaba el calvario. Después te vendaban y te llevaban horas y horas en carro. Uno pierde la noción del lugar y del tiempo; al final lo dejan en unos lugares que tienen las ventanas tapadas con bolsas o plásticos negros. Al final uno no sabía si era de noche o de día...

De ahí lo sacaban a trabajar como a un esclavo. Por muchos días, quizás uno o dos meses, yo cuidaba unos animales, me daban muy poca comida y no me pagaban.

Después, a un grupo de nosotros nos trasladaron a otros lugares, luego cruzamos la frontera; o al menos eso nos pareció. Todo se hacía en la noche y no se veía nada. Por donde pasamos olía muy mal; olía como a animales o personas muertas. Parecía un desierto, pero no sé.

Nos llevaron a otras bodegas que eran como un sótano. Estábamos como secuestrados. Éramos un grupo grande de mujeres y hombres, tal vez como cincuenta o sesenta. Y ahí nos tenían amenazados con armas y nos obligaban a trabajar. No sé qué hacían los otros pero yo tenía que limpiar los sanitarios sin guantes. Estaban taqueados porque eran pocos baños y los usaba mucha gente.

Lo único que nos daban de comer era una hamburguesa y una gaseosa al día. Nos mantenían trabajando obligados. Parece que las personas que estábamos ahí era bajo secuestro y que cobraban plata para liberarnos, pero no mucha plata porque somos gente pobre, sino como quinientos dólares. Son secuestrados al por mayor, lo que cuenta es la cantidad y no los montos.

Para los que no tenemos quien pague por nosotros, nos ponen a hacer trabajos. Uno no sabe cuánto tiempo pasa, le prohíben toda comunicación con el exterior y lo tienen aislado. Yo pude ver grupos de personas que llegaban ahí, de todas las edades, incluso enfermos y dormían en un cuarto pequeño en el piso sin nada que los cubriera. Al dormir en grupo todas las personas miraban las violaciones de las mujeres. Además los coyotes ofrecían drogas. Por eso no podías casi dormir. Ahí a la gente les roban la voluntad; nadie viene en ayuda de uno ni tampoco uno intenta escaparse; es que uno está perdido y sin fuerzas.

Un día, no sé porqué, nos dejaron ir. Regresé a mi pueblo pero la realidad es puro humo y puras ilusiones. Al volver uno está mal, traumatado, frustrado y más pobre que cuando se fue. No hay quien lo entienda ni quien lo ayude; uno no tiene cara para enfrentar a la familia y a la gente que embargó la casa o el terreno por uno; no hay dónde buscar ayuda.

El préstamo no se puede pagar y cuando regresamos sin plata, desechos y con toda la frustración, comienzan a cobrarte, a extorsionarte y a amenazarte con violencia. Como uno no puede pagar, ejecutan la hipoteca.

Ahora me siento solo, peor que un perro de la calle. Cuando recuerdo, no sé si lo que viví es verdad o no; es como una pesadilla. He pasado varios meses sin dormir, deprimido y cuando me duermo sueño con la situación y vuelvo a revivir todo. Uno necesita a un psicólogo pero no hay plata para eso.

Todavía hay un pleito legal para no perder la finca de los familiares. Volví a lo de antes, a trabajar por jornal en fincas. Si pudiera decirle a la gente algo sobre la experiencia es que no se vayan, aunque la gente es insistente y por necesidad se arriesgan. Siempre hay gente yendo, alguna vive allá como drogadicta y ya no pueden venirse pues lo perdieron todo.



Mauricio



o que gané plantando árboles en los Estados Unidos apenas me alcanzó para pagar mi deuda.

Fue realmente duro para nosotros luchar para entrar a los Estados Unidos de forma legal y luego no ganar nada de dinero. Nos dijeron que debíamos entregar nuestras escrituras para obtener el trabajo. Debíamos firmar con nuestro nombre en un papel en blanco y ceder las escrituras. Dijeron que si no firmábamos este papel no nos llevarían a los Estados Unidos a trabajar.

Cuando fuimos contratados pedimos préstamos, hipotecamos nuestras casas y nos fue mal porque no pudimos pagar esa deuda.

Pasé una semana con fiebre alta y estaba lloviendo. Les pedí por favor que tuvieran piedad de nosotros y que me dejaran en el edificio. Nos dijeron que habíamos venido a trabajar y que teníamos que trabajar. Yo pedía misericordia y se reían de mi y me decían que mi visa no era de turismo para hacer lo que yo quería, si no de trabajo, y que debía hacer lo que me ordenaban.



Diego



e primero nos dijo que era para trabajar en una agencia de granos básicos. Me preguntó que si estaba trabajando y cuando le dije que no prometió pagarme doscientos cincuenta dólares al mes.

Lo tremendo empezó cuando llegamos al lugar que decía bar. Yo pregunté: “¿dónde está la tienda?” En mi mente me preguntaba muchas cosas pero no hablé. Entré al cuarto y cuando salí vi que las mujeres entraban con hombres. En la puerta había hombres armados.

Él se acercó y me habló: “mirá no es lo que vos pensás. Aquí vas a hacer lo que yo diga porque aquí el que manda soy yo y si no querés obedecer ya sé dónde vive tu familia y les va a ir mal.” Yo le respondí: “¡no es lo que me prometió!” Me contestó que no me había prometido nada mientras sujetaba una pistola en su mano. Luego me dijo: “No me hagas más preguntas. Una pregunta más y te romperé la boca.”

Comencé a trabajar como esclavo. Me llevaba a deshierbarle una gran milpa que tenía. Yo tenía unas grandes llagas y encima de ellas heridas, nunca había hecho eso, yo había estado estudiando. Era una gran finca y en todos los alrededores tenían hombres armados, no me podía escapar. El que intentaba escaparse lo mataban y ahí mismo lo enterraban. Yo me preguntaba ¿cómo voy a hacer?

Una vez llegaron unos policías a sacar a una muchacha que había tenido un hijo porque le habían ofrecido un trabajo de niñera en la finca pero salió embarazada. Cuando llegó la policía el niño tenía 9 meses y los hombres hablaban de vender al niño, porque a los niños los abrían y les metían la droga y los pasaban desapercibidos.

Otro día, a una mujer le estaban pegando solo porque se había portado mal. Y así a patadas la mataron. Cuando vi que de verdad eran asesinos no solo de boca, tuve que sujetarme porque vi que de verdad mataban a la gente.

Una vez me dijo: “mirá, vos, tenés que portarte bien”. Yo le di una mala respuesta.. Él me dijo: “¿cómo decís? Llámenme al fulano.” Y llegó un tipo todo tatuado al cual le ordenó enseñarme a respetarlo. Yo respondí a los golpes, pero después me mandó a otro. Todo golpeado me fueron a tirar al bar. No podía ni moverme en la cama. Y así me fueron a traer después para llevarme a trabajar. Yo pensé que ahí iba quedar, que ya no iba a poder salir.

No sabía cómo hacer para escapar, los tapiales eran grandes y en la noche vigilaban. El día que me escapé fue porque necesitaban agua. Y dijeron: “manden a ese, pero no lo manden solo. Que lo vigilen por la puerta.”

Iba caminando cuando volví a ver y vi un muchacho. Me le quedé viendo y le pregunté: ¿mire usted es...? Se me quedó viendo extraño y me dijo: “ah, yo te conozco pero vos a mí no. Por la cara que traes algo te pasa, ¿verdad? ¿Te tienen a la fuerza?”

No le quería decir ni sí ni no porque no lo conocía. No sabía si me podía ayudar o hundir más. Pero le dije que necesitaba ayuda. “Camina”, me contestó. Luego, me alcanzó más adelante. “Yo te voy a sacar de ahí, a mí me tienen algo de miedo.”

Me fui a meter al bar como si nada. Saqué unas pocas cosas y pegué la carrera.



María y Edwin



María--- Mi hijo mayor trabajaba en un banco y el menor estaba estudiando. Mi cuñado les prometió a ambos mejores oportunidades: al que trabajaba en el banco le dijo que le iban a pagar más y al que estudiaba le prometió que podía estudiar allá. Se llevó primero a uno y luego regresó por Edwin. Yo quería ir a ver adónde estaban mis hijos pero no me dejó. Más adelante me vino a buscar a mí y me dijo que mis hijos me mandaban a decir que fuera porque estaban felices.

Cuando pasamos por Migración, no me dejaba bajar los vidrios. Migración estaba aliada con él, hasta le dejaban pasar menores. La corrupción comenzaba en la frontera, a todos los tenía comprados, les daba dinero y pasaba.

Cuando llegué al lugar me sorprendí y le pregunté qué pasaba. Él me dijo que caminara y no preguntara nada. Luego vi a una mujer, que era la que obligaba a otras para que consumieran drogas. Vi a mujeres

desnudas con hombres y me sorprendí y le pregunté por qué me había engañado. Me dijo que no volviera a ver, que siguiera caminando y no le preguntara nada. Usted se va a ir de aquí hasta que yo lo decida, me dijo. ¿Por qué nos hace esto?, le respondí. No sabe cuánto me ha costado criar a mis hijos.

El papá de ellos era malo, me llevó a los 14 años y dijo que si no iba me mataba. Cuando me le escapaba llegaba a traerme y me decía que iba a matar a mi familia. Mi cuñado también me amenazó, me decía que mis hijos tenían que ser malos como su padre. Amenazaba con hacerle daño a mi mamá que se había quedado en la casa. Yo le seguía preguntando por mi otro hijo y solo me respondía que estaba en la milpa.

Al principio cuidaba a la niña, después me pusieron a cocinar para todo el personal. La primera noche en la madrugada escuché cómo estaba casi matando a una mujer a patadas. Mientras le brincaba encima, le sujetaba la cabeza y la golpeaba contra el piso. Yo le pedí que la soltara y como me di cuenta le dijo que ese día no la mataría. Otro día, cuando salí a tender la ropa, vi a la misma mujer tirada y ensangrentada en el piso, sin poder moverse. Así mataban a la gente...

Edwin--- Él media como metro ochenta, era gordo y tremendo. Con ese peso, se paraba en la cabeza de la mujer y una vez hasta se cayó. La mujer gritaba y gritaba... como todas las mujeres a quienes

se lo hacía. Cuando se cansaba ponía a otro a hacerlo y si se negaba, lo mandaba a matar así nomás, como si fuera un pájaro.

María--- A mí me decía que tenía que hacer lo que él decía, sino en la primera página del diario en el titular iba a salir “Encuentran mujer muerta en barraca”, aunque también la puedo enterrar en la milpa donde está su hijo. A mí me encanta cuando en la primera página del diario hablan sobre alguna mujer que he matado“ decía el hombre.

Yo le dije, ¿sabe una cosa?. A mi familia ya la puse en alerta, que yo tenía amigos en la fiscalía. Y que ya sabían y me preguntó cómo me había comunicado con ellos.

A las mujeres más bonitas las dejaba en el bar y al resto las llevaba a la milpa y cuando regresaban tenían que prostituirse. Una vez llegó un hombre y le dijo que daría doscientos dólares por mí. Él me dijo que me daba la mitad pero yo le dije que primero muerta. Él se volteó y me dijo: si yo quiero ahorita se va adentro con él. Primero máteme, le dije.

A él lo llamaban y le contaban que andaban buscando a una mujer con mis características y que si él la tenía que la escondiera; tenía comprada la Policía. Cada viernes o sábado había operativos y ahí les pasaba el manojo de billetes. Una tarde, una de las cocineras me dijo suavemente: ayúdeme a escapar, por favor. Ella tenía cuatro

años de estar ahí. Me van a matar, dicen que ya no les sirvo y me dio una dirección para pedir ayudar. Aquí matan a la gente por eso echan tierra ahí - me repetía. Ella me decía: “por favor, busque a mi familia” mientras lloraba y lloraba a escondidas para que no le pegaran. Cuando el hombre me regresó a casa, fui a buscar a su familia pero nunca la encontré.

María--- Nosotros fuimos víctimas, ahora yo quiero luchar para que las mujeres ya no caigan en esto. Muchas personas se están haciendo ricas. Ahora nosotros estamos en gran peligro.

Sofía



mi vida en la finca parecía nunca acabar, estuve entre catorce o quince años sin salir de ahí. Había gente de todo lado, entraban y salía más gente según lo que ellos querían y necesitaban.

Vi muchos recién nacidos, una niña de doce años embarazada y situaciones muy dolorosas que, al recordar, me hacen tener pesadillas y levantarme sudorosa por las noches.

Cuando me fui, jamás me imaginé lo que me esperaba. Me ofrecieron veintiocho dólares por semana para trabajar en una bananera, supuestamente en buenas condiciones laborales. Pero nada era verdad.

Nunca me dieron un salario y trabajé siempre bajo presión. Nos decían que nos iban a pagar pero no nos daban nada. Teníamos que trabajar más de doce horas al día y nos daban una comida cada veinticuatro horas. Nos maltrataban físicamente y las condiciones eran muy malas. Dormíamos hacinados en una bodega, en el piso, y no podíamos hacer nada que ellos no quisieran que hiciéramos. Me sentía como una esclava.

Un día, unos soldados y agentes nos liberaron en un operativo, me dijeron que habían estado investigando esa finca y a los patrones desde hace unos meses. De la gente que conocí ahí nunca volví a oír, eran cientos. Me contaron que algunos se quedaron en este país, como yo, y otros se fueron de regreso a sus casas y a sus familias.

César

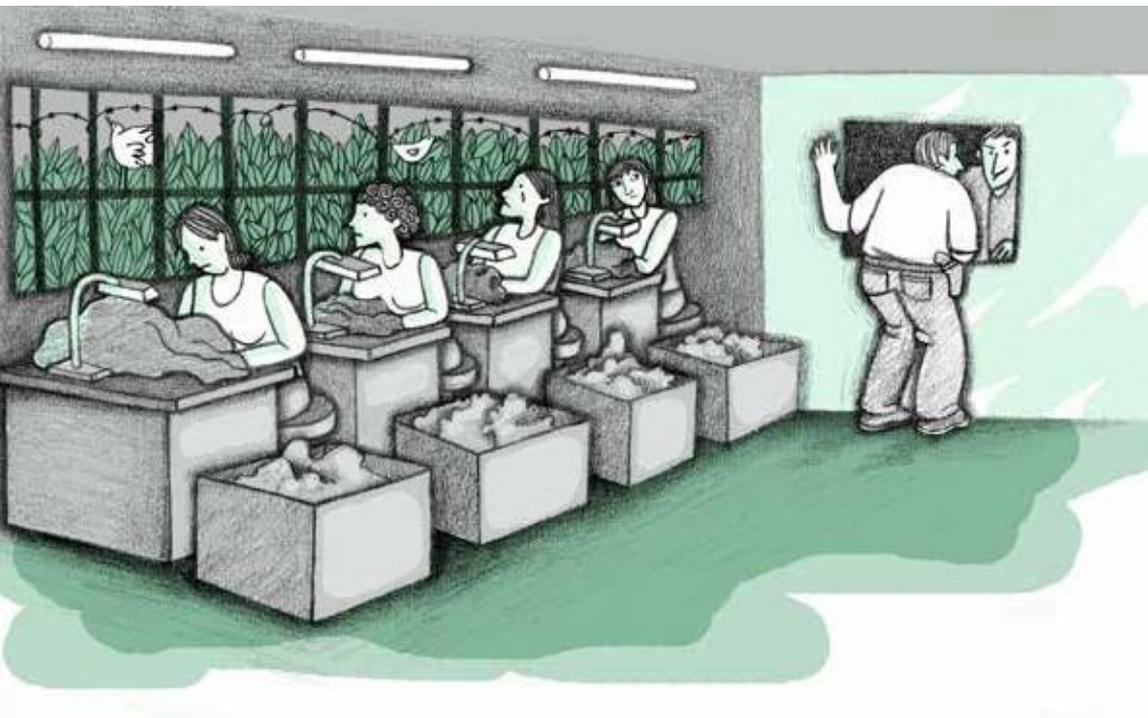


Éramos dieciocho a los que nos llevaron a ese país tan lejos. Nos engañaron con falsas promesas, decían que íbamos a mejorar nuestros ingresos y que con eso íbamos a poder mandar dinerito a nuestras familias. Antes de partir, firmamos un contrato, se nos ofrecía un trabajo estable con derecho a vivienda, teléfono, un pago inicial por tres meses de trecientos dólares y luego un salario mensual de setecientos dólares.

Pero cuando nos bajamos del avión y pasamos migración nos decomisaron nuestros pasaportes para retenerlos a la fuerza. Nos llevaron a un lugar alejado, la realidad era otra; ahí nos forzaban a trabajar horarios largos y en malas condiciones.

Trabajaba en una fábrica, sin paga. Se me exigió, al igual que a mis compañeros, el pago de cuatro mil dólares para poder regresar a nuestro país y para rembolsar los gastos del viaje. Un día, unos compañeros de la fábrica contactaron a una gente a través de correos electrónicos y llamadas, gracias a eso pude regresar a mi país. No todos podían regresar porque no era

seguro, entonces algunos se fueron a países vecinos a buscar una mejor oportunidad de vida.



Samuel



veníamos de diferentes partes de Asia y todos fuimos a parar al mismo lugar. Nos encontramos un día en un bote, viviendo la peor pesadilla de nuestras vidas.

En mi país, empecé a buscar empleo porque necesitaba ayudar en la casa. Una empresa me reclutó en mi barrio y me dijeron que era para la pesca pero yo creí que era cerca de casa. Un amigo de la escuela me dijo que él había conseguido trabajo así y que le fue bien. Así que empaqué mis pocas pertenencias y contacté con el reclutador.

Me ofrecieron un contrato por tres años con un salario de doscientos cincuenta dólares al mes. Me prometieron darme parte del salario y el resto se lo iban a depositar a mis familiares en casa. Tuve que endeudarme para pagar el tiquete de avión y seguir pagando la deuda mientras trabaja en el mar. Al llegar, me quitaron mi pasaporte al igual que al grupo de compañeros con el que viajé.

Cuando llegamos al lugar nos encerraron y no podíamos salir por-

que siempre había alguien vigilándonos. Nos pusieron después a hacer algo ilegal, creo, porque no nos dejaban hablar con nadie sobre el aleteo del tiburón, que era lo que hacíamos.

Dormíamos en condiciones muy malas. Los horarios eran largos y cansados, no teníamos horas de descanso ni días libre y a algunos nos maltrataban verbal y físicamente. Para comer había que ganarse la comida, con la condición de hacer ciertos trabajos o seguir algunas instrucciones. A los compañeros que sufrieron de accidentes o problemas de salud no los atendió.

Era muy frustrante estar tan lejos de mi familia, tan aislado y que no me dejaran hacer nada. No conocía el idioma ni cultura, con costos sabía en qué país estaba. A veces hasta me costaba entender lo que hablaban mis propios compañeros.

En uno de los pocos días que nos dejaron salir, un hombre nos vio caminando a seis de nosotros. El hombre trabajaba en alguna institución del gobierno así que sospechó y denunció lo que estaba pasando. Después de varias entrevistas, me mandaron de regreso a mi país. Dicen que la señora dueña del barco dijo que no era suyo y que solo nos había dado espacio para estacionarnos ahí.



Alicia



mi hermana y yo salimos del país en busca de empleo, esto fue hace cuatro años. Nos habían contado que en ese parque ofrecían trabajo así que nos fuimos de inmediato. Un taxista nos vió y nos ofreció llevarnos a un restaurante, con el engaño de que ahí encontraríamos trabajo. Pero eso no fue así. Una vez en el local, el dueño nos encerró y amenazó.

Yo tenía veintidós y mi hermana dieciséis. A mi hermana la obligaron a andar con hombres y a mi me tocaba limpiar todo lo sucio del bar. Estuvimos ahí como semana y media, hasta que hubo una redada y nos rescataron.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2013
en los talleres gráficos de
EDITORAMA S.A.
Tel.: (506) 2255-0202
San José, Costa Rica

Nº



OIM Organización Internacional para las Migraciones